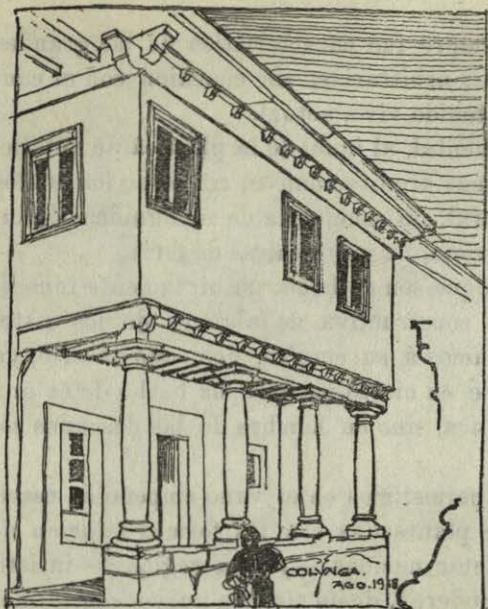


DIVAGACIONES SOBRE ARQUITECTURA



Dibujo del arquitecto Gustavo F. Balbuena.

Lo más de lo que aquí lea le será familiarísimo. No importa. Hace mucha falta que se repita á diario lo que á diario de *puro sabido se olvida*. Y piense el lector en este fatal y terrible fenómeno.—*Unamuno*.—(Ensayos. Tomo I).

Divagación preliminar.—¿Apogeo?

Con frecuencia viene hablándose de un pretendido apogeo, iniciado de unos años acá, de nuestro arte; menudean las comparaciones con tiempos próximos pasados, y el siglo XIX sirve de término comparativo despectivamente; se citan en mayor número y se dan con más

continuidad, los arquitectos jóvenes á los que se supone dotados de facultades excepcionales; son numerosas las obras de gran empaque realizadas últimamente; unos á otros nos las mostramos y convencidos afirmamos dogmáticamente: es indudable, progresamos, vivimos un período inicial de apogeo...

No es menor nuestra actividad en otros aspectos profesionales: conferencias, publicaciones, concursos... ¿Apogeo realmente? No.

Es el actual un momento culminante—¿el último?—de una decadencia sin precedentes en la historia de la arquitectura. Consideremos cuantas cuestiones nos preocupan é inquietan; examinemos la manera de producir; veamos qué cualidades viven en nosotros y en qué grado contribuyen á completarnos; hagamos examen serio, detenido, con afán de acierto y deseo vivo de encontrarnos... Y veremos que concebimos ampulosamente, que somos elementalmente enciclopédicos y que nos falta el espíritu crítico...

Concebimos ampulosamente.

Edificamos de una manera metafórica, si así puede decirse, y una idea simple, estricta, la hacemos parecer compleja y abstrusa; no tienen nuestras metáforas valor de realidad, ni aun son bellas por sí ó por la mentira que dicen: lo puro, lo simple, lo sin nervios enfermos, ni decadencias, ni literaturas como causas, nos espanta y aterroriza. Tenemos la expresión concreta, demostrativa de un pensamiento claro y distinto, porque ella denuncia la total carencia de aquel ó el paupérrimo tesoro de fuentes inspiradoras.

Vivimos ayunos de ideas fundamentales, de ideas madres; en nosotros no encontramos las "raíces del concepto"; nos horroriza nuestro páramo interior, seco, árido, pobre y triste, y por eso concebimos de ese modo aparatoso y pedantesco,

ARQUITECTURA

con tanto estrépito y tanta bulla, que siempre fué característico de las grandes decadencias el abuso de formas ampulosas, arbitrarias, sin conexión con el concepto pretendidamente expresado, sin contenido vivo, actual.

Toda nuestra moderna plástica monumental, al igual de la plástica de detalle, están constituidas por un conjunto de formas arquitectónicas, restos de los estilos históricos, empleadas sin sentido estructural, sin conciencia de su significación intrínseca, con criterio de almacenistas de viejo, de pirotécnicos de feria.

Elementos arquitectónicos se emplean que son de hecho absolutamente innecesarios—absurdos—dentro de la técnica constructiva de algunos de los sistemas actuales, y, sin embargo, no renunciamos á su empleo, debiendo hacerlo, ya no en nombre del racionalismo, puesto que en cierto modo se ha hecho de él una oposición condicional á la expresión estética, sino en nombre de las deseadas sencillez, precisión y concisión.

Tercos, como si fuéramos ignorantes, persistimos en el vano empeño de resolver las cuestiones estéticas actualmente planteadas con las formas-solución de otros tiempos y preocupados con el carácter nacional—y aun regional—insistimos en expresar un conflicto de técnica moderna, de un sistema nuevo, con formas que nada de común tienen con él.

El temor á ser tildados de racionalistas nos lleva á incurrir en las mayores arbitrariedades, creyendo merecer de este modo el apelativo opuesto, sin pensar que, más allá de esos temores, acaso tengamos que vencer, dentro de nuestro espíritu, vicios de acomodación perceptiva, prejuicios de preparación profesional, que limitando la visión íntegra del problema nos conduce á estimar como fundamentalmente detestables formas ó expresiones que quizás sean la solución de momento..., pues “nadie sabe si una expresión nueva se impondrá mañana para glorificar una vergüenza presente...” —(Mauclair.)

Enciclopedismo elemental.

Sin duda, convencidos de la eficacia de nuestra organización escolar superior, aspiramos á ser tan enciclopédicos cuanto lo es nuestro plan de estudios, tan espléndidamente bizantino, y en fuerza de asomarnos, con tan poca fijeza siempre, á tanta disciplina varia, llegamos á convertirnos en amenos sábelo-todo, siendo así que, seriamente, sabemos muy poco.

Y como no es nuestro enciclopedismo fuerte y sistemático, á cada momento, sus mismos caracteres de complejidad, ocasionan conflictos de contradicción, dentro de nuestro espíritu y oposiciones entre los elementos complementarios que, á la fuerza, han de ser armónicos si queremos ser verdaderamente lo que decimos que somos.

Más claro: hemos convenido en diferenciar dentro del complejo de nuestro arte arquitectónico valores integrantes, Ciencia y Arte, y hemos convenido también en la rareza de su convivencia dentro de cada uno de nosotros, llegando á la conclusión de que ambos valores son contradictorios espiritualmente, que se excluyen, traduciendo las condicionales mutuas por incompatibilidades irreductibles; la

Ciencia, según nuestro juicio acomodaticio, mata la inspiración; sus rigores de raciocinio restan flexibilidad y jugos á las maravillosas concepciones de que nos creemos capaces, y, sin embargo...

Lo que ocurre es que nos falta la energía intelectual necesaria para encauzar con solidez y organizar—dentro de nosotros y á nuestro alrededor—con eficacia, conocimientos tan distintos y tan distantes. Como esos conocimientos son precisamente los que constituyen nuestra técnica, resulta que vivimos á su margen y en lugar de dominarla es ella la que nos domina. ¿Siendo así, hay posibilidad de llegar á formas actuales?

Falta el espíritu crítico.

En la conferencia inaugural de las organizadas por la Sociedad Central de Arquitectos, se lamentaba D. Vicente Lampérez de la incomprensión de nuestro arte por el público.

Pensaba yo al oír á nuestro maestro, en cuántas ocasiones de comprensión habíamos incurrido los Arquitectos contemporáneos y me preguntaba también si existía dentro de la colectividad ese estado de comprensión cuya ausencia lamentábamos en los profanos.

Una de las actividades que mayor medida dan del perfecto estado mental y civilizado de un hombre ó de un conjunto de ellos, es la actividad autocítica; siempre se han admirado á aquellos de entre todos que tenían serenidad suficiente para contemplarse sin histerismo, y se ha dicho que es esta actividad el único modo posible de progreso. Claro que esa actividad especial del espíritu exige fundarse en la comprensión.

Volviendo la vista á lo que de más cerca nos toca, podemos considerar, sin mayor esfuerzo, el silencioso ambiente que rodea á todas nuestras varias manifestaciones profesionales, dando esto lugar á despertar la curiosidad por averiguar cuáles pueden ser las causas de este silencio, tan extraño y tan decadente.

Viniendo, en primer término, á la imaginación la idea de que acaso sea debido el fenómeno á una ausencia de la sensibilidad artística que nos impida reaccionar ante los aciertos conseguidos ó maldecir de los desafueros perpetrados, pero, á nada que nos detengamos y consideremos las personas que se callan, pudiendo y debiendo hablar, veremos que la causa no es la que apuntábamos, sino más bien esta otra que ahora decimos: un temor colectivo de parecer soberbios ó despechados ó vanidosos, una consideración personal exagerada al compañero.

Y no se piensa en lo que quizás por muy audaz en el que lo realiza no se percibe y es que por muy grande que sea la relación de menor á mayor, que haya entre el que ejerza la crítica y el honrado con ella, nunca llegará á serlo tanto como la misma relación—y en el mismo sentido—que pudiera establecerse entre el autor de una obra y la Arquitectura.

En las demás artes, en literatura, en pintura y escultura como en música, son juzgados—bien ó mal—los que crean, pero hay lugar ó posibilidad, más ó menos remota de depuración. Entre nosotros no; vive vida robusta y floreciente la mur-

ARQUITECTURA

muración, y el chisme nos entretiene, pero no se vislumbra el estudio crítico, cordial, con afán de perfección.

Así, por ejemplo, hemos abominado de la tendencia arquitectónica desenvuelta durante el siglo XIX y lo hemos hecho de una manera refleja, puramente literaria porque sabemos que el siglo XIX fué funesto y de general decadencia para la vida del país, pero sería digno averiguar qué juicio emitiríamos después de estudiada seria y detalladamente la tendencia arquitectónica de este siglo: acaso tuviésemos que rectificar algo.

Otro ejemplo: Han nacido á la vida activa profesional arquitectos con significación tan peculiar, y realmente trascendental, como Gaudí y Puig y Cadafalch, en Cataluña; como Palacios, aquí en Madrid; como Aníbal González, en Sevilla; como el interesante grupo de arquitectos vascos... De ellos seriamente, colectivamente, no sabemos, sino que son ilustres colegas y eso no es bastante.

Un último ejemplo por hoy: Se han hecho restauraciones varias de monumentos importantes; ahí están San Vicente de Ávila, San Isidoro de León, el Cristo de la Luz en Toledo, Burgos, Fromista, etc. Se ha discutido de una manera general é inconcreta, solamente académica, la tendencia que debiéramos seguir al poner mano en los monumentos; rara vez se han publicado estudios científicamente críticos, particularmente precisos.

Nada se ha hecho, en suma, que, demostrando nuestra comprensión y nuestro criterio, nos autorice á encararnos con los profanos diciéndoles que no nos comprenden.

Es nuestro propósito ensayar, en sucesivas divagaciones, el desarrollo, modestamente bien intencionado, de algunas de las observaciones anteriores, y esperamos que compañeros especialmente preparados, emprendan ensayos análogos.

ANDREA ROMANO.

Arquitecto.

